

**CALDERON.**

Aparecen sobre la tierra, en alguno que otro siglo privilegiado, ciertos hombres extraordinarios de quienes nada puede decirse, porque nadie es capaz de comprenderlos; porque son tan superiores á todos los demas humanos, que no parece sino que pertenecen á una especie diferente; porque su naturaleza es incomprensible para nosotros como la de Dios. Y por eso nos inspiran una veneracion religiosa como todo lo que escede á nuestra inteligencia, de modo que no nos atrevemos ni debemos atrevernos á juzgarlos, porque en efecto quién es capaz de sentir lo que ellos sintieron? Quién es capaz de penetrar los misterios de aquellas almas sublimes? El mundo que ellos habitaban, no es el que habitamos nosotros; veian ellos en el orden moral de las cosas, ciertas relaciones ocultas que no se le alcanzan á la medianía y por eso esta muchas veces se imagina que aquellos hombres deliran cuando cuentan lo que ven.... Error! tambien los sordos se burlan del prestigio de la armonía.

Los grandes hombres, sin embargo, pasan sobre la tierra, dejando un sulco luminoso en la noche de los tiempos y dando al mundo por herencia sus obras inmortales, mineros inagotables de deleite. Tal vez desencadenadas contra ellos la envidia y la medianía les siembran de espinas el sendero de la vida. Oh! pocos espectáculos mas tristes presenta la historia de la humanidad, que el de tantos hombres eminentes, cuya existencia no ha sido mas que un tegido de amarguras! Unos murieron proscriptos en lejanos climas; otros arrastraron en su ingrata pátria una existencia pasada entre las lágrimas y la miseria....

Pero no sucedió así con nuestro poeta Calderon; su vida fue apacible y serena como un hermoso dia de primavera, sin que tan solo una vez le fuese inconstante la fortuna. El dia de la circuncision del Señor, en el año de 1601, le vió Madrid nacer en su seno: 13 años despues empezó á aplaudirle en los teatros toda la nacion española y por espacio de 68 años escuchó Calderon estos merecidos aplausos, hasta que cubierto de canas y de laureles murió en su pátria á los 81 de su edad.

A esto puede reducirse la vida de Calderon; si añadimos que á los 24 años pasó á reunirse al ejército de Milan y de allí al de Flandes, donde sirvió al rey y á la pátria por espacio de doce años, poco mas ó menos, en el glorioso ejercicio de las armas: que luego volvió á España y escri-

bió 320 dramas entre comedias, sainetes y autos sacramentales, y un poema titulado los Cuatro Novísimos y otras muchas cosas mas: que todas sus obras son admirables; que su padre se llamó Don Diego Calderon de la Barca Barreda, y Doña Ana María de Henao y Riaño su madre; que tomó las órdenes eclesiásticas á los 50 años y que era amabilísimo en su trato, alto de cuerpo y muy amigo de sus amigos, habremos dicho todo lo que hay que decir acerca de D. Pedro Calderon de la Barca, para los que no ven en un hombre mas que aquello que le es comun con todos los demas humanos. No omitiremos sin embargo la interesante noticia que refiere el biografo Villaroel, quien asegura que antes de nacer lloró Calderon tres veces en el vientre de su madre, "cuya ponderable noticia, dice, me participó la Señora Doña Dorotea Calderon de la Barca, hermana suya y ejemplarísima religiosa en el real convento de Santa Clara de Toledo; asegurando que les oyó decir á sus padres muchas veces, como tres habia llorado antes de nacer."

Fallidos salieron sin embargo estos anuncios de que seria poeta elegíaco quien tan lloron se anunciaba al mundo, pues no ha llegado á nuestra noticia que compusiese Calderon elejía ninguna, ni creemos que la haya compuesto. Todos convienen en que este hombre extraordinario es el primer poeta dramático que ha producido nuestra pátria; y decimos todos, porque aunque no ha faltado quien le niegue este merecido título, puede asegurarse sin rebozo que ha sido por candor y no en manera alguna por malicia. Inútil seria tratar de probar esta verdad, pues cualquiera que lea las comedias de Calderon, podrá convencerse por si mismo de que nunca el ingenio de un solo hombre ha creado tantas situaciones orijinales, tantos y tan varios y tan admirables caracteres, tantos lances, tantas intrigas, que pareceria imposible perteneciesen á un hombre solo, á no ser porque solo el autor de cada una de ellas puede haber compuesto las otras.

Algunos han dicho que todo el mérito de Calderon consiste en el enredo y en los lances y en nada mas; porque para ellos en efecto no hay mas en un drama de Calderon que los lances de las tapadas y los desafíos de sus amantes, del mismo modo que en un hermoso cuadro de Velazquez, no ven mas que el materialismo de los colores y la gala del marco. Tambien hay quien dice que todos sus galanes son uno mismo; pero esto prueba que no han leído á Calderon; porque aunque es muy cierto que puede haber personas que no penetren la profundidad de sus pensamientos, ni sientan la májia de su lenguaje, es imposible que haya quien confunda el Hércules



de *Fieras afemina Amor*, con el D. Felix de *Casa con dos puertas mala es de guardar*. Cuando Calderon pintaba personajes de su tiempo, los copiaba de la naturaleza que tenia delante, y por eso entonces todos sus galanes eran valientes, amantes y generosos; hablaban un lenguaje alambicado, porque así se hablaba entonces, y eran celosos y andaban á cuchilladas á cada momento porque eran españoles de aquellos tiempos. Pero ¡cuánto se diferencian estos galanes de los gigantescos caracteres que presenta en sus dramas históricos! Véase el Coriolano de las *Armas de la Hermosura*, el *Tetrarca de Jerusalem* y el Cosdroas de *Duelos de amor y lealtad*....

Véase si ninguno de estos personajes habla en lenguaje culterano; si ninguno de ellos se parece á los de las comedias de capa y espada.

Pero si son tan admirables sus comedias que es imposible leer las dos primeras escenas de cualquiera de ellas sin llegar de seguido hasta el fin, ¿qué diremos de sus autos sacramentales, cuyo interes es por lo menos tan sostenido como el de aquellas, á pesar de que todos los personajes que los componen son ideales ó simples abstracciones de nuestro entendimiento, como la Muerte, la Gracia y el Demonio? Estos son indudablemente el mas sublime monumento de la gloria de Calderon; en estos es en los que con mas prodigalidad derramó el tesoro de su poesía. ¡Qué mucho que estuviera entonces tan arraigado en todas las almas españolas el sentimiento religioso, si tenia tan sublimes apóstoles el cristianismo! Era costumbre antiguamente que se celebraran en todas las grandes festividades de los pueblos estas místicas representaciones, que si bien tenian el inconveniente á veces de profanar los misterios de nuestra religion con necias interpretaciones, elevaban el alma á la mas ferviente devocion cuando se empleaba en ellas un lenguaje y un aparato dignos de tan venerables festejos. Por mas de treinta y siete años estuvo Calderon proveyendo de autos sacramentales á las ciudades de Madrid, Toledo, Sevilla y Granada, y en ninguno de ellos se quedó el autor inferior á sí mismo. Otras muchas obras escribió nuestro poeta, de que desgraciadamente nos hallamos desposeidos, gracias á la desidia de sus contemporáneos; pues consta por su biografía escrita por D. Juan de Vera, Tarsis y Villaroel, que en el año de 1649, le mandó S. M. por *Real decreto* que trazase y describiese aquellos célebres *arcos triunfales para la feliz entrada de Doña Maria Ana de Austria*, reina madre de Carlos II; que compuso un dilatado discurso en octavas sobre los cuatro novísimos; un tratado defendiendo la nobleza de la pintura y otro en defensa de la comedia, sin contar otros muchos sonetos, canciones y

romances que fueron admiracion de su tiempo, como sin duda lo hubieran sido del nuestro. Acaso estos preciosos manuscritos, á los cuales deben añadirse trece comedias (1), entre las cuales se encuentra la primera que compuso á los trece años con el título del *Carro del Cielo*, *San Eliás*, se encuentren cubiertos de polvo y raidos por los ratones en alguna de las inmensas bibliotecas de nuestros Grandes.

No dejaria por cierto de ser muy curioso el oir á Calderon probar la excelencia de la pintura, separándose de los rídiculos bandos suscitados por la medianía para introducir una cisma entre los artistas de diferentes ramos, sobre sí hay entre las bellas artes algunas que sean superiores á las otras. ¡Cuánta pobreza de espíritu revelan estas cuestiones! Pero aunque es verdad que son enteramente inútiles, tienen sin embargo la ventaja de probar que carece de entendimiento el que las suscita, el que las ventila y mas que todos el que las prueba.

Tambien es pérdida muy lastimosa la del tratado sobre la comedia que escribió Calderon, por que sin duda se hallarian en él grandes y luminosas ideas, que nunca se le han alcanzado ni podido alcanzársele á quien no haya ejercitado por muchos años este difícilísimo arte. Si nuestro Inarco Celenio hubiera escrito algunos preceptos sobre la comedia, tendrian estos preceptos mucha autoridad para los poetas, como la tienen para los pintores los de Leonardo de Vinci, y los de Alberto Durero; pero mientras no nos presenten mas códigos que los de este ó el otro naturalista, tendrán los hombres derecho para desdeñarlos ó para no seguirlos á lo menos. Es muy probable que no sería muy riguroso nuestro divino madrileño acerca del número de horas que debe durar una accion dramática; es muy probable tambien que no miraria como un delito de lesa-Apolo, el que se mudara el sitio de la escena siempre y cuando lo exigiesen la ilusion y el sano juicio; es tambien de sospechar que daria muy poca importancia á los terminachos de *anagnorisis*, *epitasis*, ó *catástasis* y otros muchos cuyo único mérito consiste en no ser castellanos. Y mientras no nos demuestren por consiguiente que Calderon, Moreto y Shakespeare escribian contra sus opiniones, confesamos humildemente que tiene mas autoridad para nosotros el egeemplo de estos grandes hombres que los reglamentos de Aristóteles, apesar de estar escritos en griego: por la misma razon que preferimos los cuadros de Murillo á los preceptos de Palo-

(1) Una de ellas, el *Acaso y el Error*, cuyo asunto es el mismo que el de *La Señora y la Criada*, se halla manuscrita en poder de D. A. Duran.



mino, y las poesías de Herrera á la poética de Mr. Boileau.

Es cosa muy singular en los *graciosos* de Calderon que todos tienen una idea fija que nunca los abandona; y son tantas las vueltas que la dan y tanto lo que la esprimen que llegan por fin á dejarla seca como esparto, pues no hay ocurrencia graciosa, relativa á aquella idea, que no les venga como llovida del cielo. Son muy de notar en este punto aquello del trece-mesino en *Dar tiempo al tiempo* y lo del Catecumeno en el *Josef de las mugeres*, donde se encuentra por mas señas una Eugenia muy poco parecida en verdad á las otras damas de Calderon. En la primera de estas dos comedias sobre todo, es donde no hay quijadas que basten para tanto reir: porque aquel Chacon tan bachiller y tan bellaco no despliega nunca los labios que no sea para decir un chiste ó para contar un cuento.

Por no alargar demasiado este artículo dejaremos de citar egemplos que bastarian para probar cuan grande es Calderon como poeta trágico, cuan admirable como poeta lírico. Este hombre es el Miguel Angel de la literatura y no podemos encarecerlo mas.

¡Y una nacion que posee entre sus poetas nacionales al autor de *Las Armas de la hermosura*, de *Las tres justicias en una*, del *Pintor de su deshonra* va á estudiar en Racine y en Corneille los secretos del arte trágico!... Y la ciudad que ha tenido la gloria de producir á este grande hombre, no le ha erigido ni tan siquiera una estatua!...

Voltaire ha dicho que Calderon era un *ignorante*, que no *sabia historia*!... Pues bien; aun cuando lo dijieran todos los franceses habidos y por haber, no por eso dejará de ser el Coriolano de Calderon hijo mas legítimo de Rómulo que el Británico de Racine, ni dejará tampoco de ser un francés del tiempo de Luis XIV el *Turco Bayaceto*, asi como es un verdadero árabe ingerto en andaluz, el *Tuzani* de *Amar despues de la muerte*. Si no hubiera dado la fatalidad de perderse entre otros dramas de Calderon el del *Sacrificio de Ifigenia*, podriamos hacer un paralelo mas inmediato entre nuestro poeta y el trágico francés; pero se puede asegurar con seguridad de no perder, que serian algo mas griegos que los de este último, los personajes de Calderon.

Muy general es entre los hombres no ver mas que la superficie de las cosas; pero mas general es todavia olvidar las bellezas de una composicion para no tener presentes mas que los defectos. Estos críticos se parecen no poco á ciertos animales proscriptos por la ley de Mahoma para quienes tiene un atractivo inefable todo objeto mauseabundo. Sucede ademas que no á todos es dado com-

prender las bellezas de una composicion, al paso que los defectos, sobre todo en literatura, están al alcance aun de las personas menos sensatas. Nadie deja de convenir en que Calderon tiene defectos y muy notables; pero ¡cuántos pasan por tales á los ojos del vulgo que son, no defectos, sino bellezas de primer orden! ¡Cuántas veces, bajo una forma al parecer disparatada, envuelve Calderon un pensamiento sublime! Y muchos sin embargo no ven mas que la forma y no penetran el pensamiento, porque aquella se adapta á sus cortos alcances y este es superior á su inteligencia.

Esto sucede con la conocidísima comedia de la *Vida es Sueño* y con otras muchas. Para este drama á los ojos de algunos por una farsa vulgar, y es sin embargo una de las mas grandiosas y originales creaciones que se han presentado nunca en el teatro. Aquel personaje de Segismundo, tan enérgico y admirable, que hallándose en situaciones tan encontradas, llega á dudar si sueña ó está despierto! Aquellas escenas en el palacio de su padre!... Aquella en que declara su amor, hijo legítimo de la naturaleza, á la hermosa Estrella; aquella en que despues de haber arrojado al mar á su criado principal porque le dijo que era imposible hacerlo con hombres como él, sale diciendo:

»Cayó del balcon al mar....

»Vive Dios que pudo ser!...

Estos son los rasgos que revelan un genio creador; estos son los que immortalizan á un hombre y no la observancia de las reglas.

Dicen no obstante los clasiquistas que es muy fácil hacer comedias sin reglas, porque, cuando no hay ninguna traba!... ¡Con que es muy fácil hacer comedias como las de Calderon! Pues haganlas y se lo agradeceremos mucho y no les llamaremos autores narcótico-soporíferos como los llamamos. Porque han de tener sabido que lo que nos disgusta en sus producciones no es el ver observados unos preceptos que pueden ser buenos ó malos, sino el ver que carecen de toda centella de genio que quieren reparar esta falta irreparable con el prestigio de las reglas; pudiendo aplicarseles lo que decía Apeles á un mal artista que habia pintado una Venus cubierta de joyas. "No has sabido hacerla hermosa, pero la has hecho rica."

Si alguna vez el lector en sus paseos por las calles de Madrid pasase por la calle Mayor, hácia donde cae la casa de la villa, y no tuviere cosa mejor que hacer, entre en la iglesia de S. Salvador tan pobre y tan oscura; mire la pared que está en frente del altar mayor, á la derecha de la puerta principal; en ella encontrará una lápida

\*



negra con letras amarillas por donde vendrá en conocimiento de que "La venerable congregación" &c. &c.

Es de suponer que esto le interesará muy poco y se lo perdonamos sin dificultad; pero no se desmaye y pase adelante: alce la vista un poco mas, y entonces verá otra piedra sepulcral donde leerá un largo epitafio.....

Y aquel retrato que está encima de la losa, tan negro y tan mugriento, pintado Dios sabe por quien, que mas parece arrinconado que espuesto en aquel sitio, como si tuviera vergüenza de presentarse á los ojos de todos los españoles y extranjeros que vienen á adorarle como á una santa imagen; aquel retrato, sin buen marco que lo engalanase, sin luz que lo alumbre, sin mérito que lo abone, es el retrato de

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

E. O.



## LITERATURA.

### TEATRO.

DIALOGO. El viejo—"Prosígamos."

El joven—"Examinemos."

He aquí todo el siglo XIX.

STENDHAL.

"Atiéndase primero á que el sistema clásico; seguido constantemente por los autores de este siglo, les ha quitado mucha parte de su fuerza para volar con desahogo y producir con profusion."

Quintana, introducción á la poesía castellana del siglo XVIII.

A medida que la civilización derrama sobre la tierra su benéfica influencia, se van desvaneciendo las antiguas preocupaciones, y desaparecen aquellas líneas divisorias, tan hacinadas de esqueletos y de despojos humanos, que la barbarie y el interés de los déspotas levantaron para separar las naciones unas de otras, como elementos de opuesta naturaleza. A las antipatías llamadas nacionales, que antes nutrian en sus pechos sus respectivos moradores, va sucediendo la consoladora convicción de que el interés de los unos no es tan opues-

to al de los otros como querían hacerles creer. Antes, cada pequeño estado, cada provincia, cada ciudad consideraba como enemigo á todo el que se hallaba fuera de su pequeño círculo; creía que no podría medrar sino á costa suya. Hoy, al contrario, vemos á los pueblos interesarse vivamente en la suerte de sus vecinos; y haciendo diariamente notables progresos la tolerancia de opiniones y creencias (tolerancia que un día pudo parecer virtud, pero que ahora va cambiándose en necesidad), estrecharse por momentos los lazos que al fin, no lo dudemos, formarán de la Europa, del mundo entero, con el transcurso de los siglos, una gran familia en que habrá sin duda discordias, porque tal es la naturaleza humana, pero que no verá alzarse en su seno millones de hombres para hacerse pedazos por el capricho de un ambicioso, ó por un falso y mal entendido punto de honor. Así, pues, lo que antes se llamaba nacionalidad va cediendo el terreno por momentos á un interés mas inmediato, mas positivo. Las cruzadas no serían posibles en el siglo en que vivimos. Hasta ahora se ha dicho la *nación*: en adelante se dirá la *humanidad*.

Hemos entrado en esta aclaración, para que no se interprete de un modo inexacto la palabra *nacional* en nuestra boca, y no se crea que nos sirve de divisa para ensalzar las cosas de nuestra patria, encubriendo á todo trance sus defectos, y rechazando las extranjeras, aun cuando nos ofrezcan mayores ventajas. Esto no sería amor nacional; sería estupidez ó mala fé.

Creemos, sí, que cuanto pertenece esencialmente al país que le ha visto á uno nacer tiene cierto encanto indefinible para toda alma dotada de alguna sensibilidad: porque despierta en ella mil dulcísimos recuerdos de los primeros años; porque inspira cierto orgullo, noble si se funda en la perfección que se encuentra en dicho objeto; parecido, si carece de ella, al amor de un padre que rodea á su hijo de mil prestigios que no tiene. Pero esta parcialidad, que para muchos es una ilusión y hasta un goce real y positivo, al paso que en otros solo es espíritu de partido ó deseo de aparentar á poca costa virtudes patrias, debe ceder siempre al interés bien entendido. Pocos habrá que con mas facilidad que nosotros hallen poesía en la cosa mas trivial, en un calesín, por ejemplo, con su gótica estructura, su traqueteo convulsivo y su mula con una coraza de campanillas: este mueble, tan estrambótico y tan incómodo, nos inspira no obstante ideas risueñas; nos parece un símbolo de la alegría de nuestros padres, de un día de toros ó de San Isidro. Sin embargo, no por eso dejaremos de desear que en su lugar se introduzcan los mas cómodos, aunque extranjeros ca-



bríolés. Los hechos deben pasar antes que las ilusiones.

Pero si en nuestra patria tenemos un uso, una invención, una cosa cualquiera, sino superior, al menos igual á la que en el mismo ramo poseen los extranjeros; ¿deberemos despreciar lo nuestro para adoptar lo ageno? ¿Desterrarémos de nuestros jardines una planta aclimatada, originaria de nuestro país, el hermoso granado, por ejemplo, con sus poéticas flores, para plantar en su lugar un árbol del Norte, nacido entre los yelos y áspero y desabrido como ellos para nosotros, aun cuando ofrezca alguna leve ventaja su madera? -- Como objeto de curiosidad pase; pero como cosa de uso seria absurdo. Aconsejar que se estudie el latín para conocer las joyas que los autores romanos nos dejaron en sus libros, es en extremo razonable; pero exigir que solo hablásemos en dicho idioma, seria un precepto tan ridículo como despreciado de todos.

Nosotros tenemos un carácter nacional, generoso, altivo, osado y caballeroso en sumo grado. Un español se distinguía en medio de los extranjeros, no diremos que solo por sus prendas relevantes (esto fuera una presunción ridícula), sino porque, aunque no exenta de defectos, como todas las cosas humanas, tenía una fisonomía física y moral peculiar á su país. Esta se ha adulterado, sucediendo á nuestras antiguas preocupaciones otras nuevas, acaso mas perjudiciales. Hemos perdido nuestras virtudes tradicionales, sin adquirir del extranjero otra cosa que los vicios.

Teníamos una literatura nacional, rica en verdadera poesía, admirada del mundo entero y servilmente copiada por nuestros vecinos traspirináticos. Pues bien: en pocos años cambió la medalla de tal modo que, abandonando una poesia que tan regalados frutos habia producido en nuestro suelo, de tropezon en tropezon, fuimos á caer en una fria imitación de los autores de la corte de Luis XIV, superiores, sin duda, á los nuestros en pulidez, cultura y exactitud filosófica; pero, por mas que algunos digan, mil veces mas pobres de imaginación, mas estériles de genio.

No trataremos de determinar la parte que en esta mudanza ha podido tener la irresistible fuerza de las cosas. Sabido es que cuando se apagó en el trono de España el último vástago de la dinastía austriaca, se hallaban nuestras letras en un estado de completa decadencia. Sobrevino luego la terrible guerra de sucesión que se terminó con la subida al trono de España de un príncipe francés, que trajo las modas, costumbres y etiquetas de la corte de Versalles. Esta, entonces en el colmo del poder y adornada de una infinidad de hombres eminentes en todos ramos, ejercía en toda Europa

por su ilustración una influencia moral tan grande como el ascendiente que sus armas le procuraban. La moda introducía los usos franceses y hasta su lenguaje en casi todas las naciones, en que pocos años antes solo se copiaban los trages y los autores españoles. Nosotros, á la sazón, no teníamos ningun establecimiento próspero en nuestra patria. La guerra, sobre todo la civil, conmueve la sociedad hasta en sus cimientos, y todo lo sacude y todo lo desploma como los terremotos. Restablecida la paz se empezó á restaurar lo que el tiempo ó las tormentas habian derribado. Los artistas que en esta obra nos ayudaron, nos dirijieron, fueron franceses: todo debió tomar necesariamente cierto aire afrancesado. Esto nos sucedió cabalmente con nuestra literatura, cuyos restauradores adoptaron por modelos á Racine, Corneille, Boileau y otros de la misma escuela.

Que abandonásemos momentáneamente nuestra verdadera literatura nacional, la que crearon Lope de Vega, Calderon, Moreto y otros varios, por la francesa, nada tenía de extraño; porque la superioridad de esta última en unos momentos en que, por decirlo así, nosotros no teníamos ninguna, y las demas causas que hemos indicado debian producir este resultado. Pero que, pasados los momentos de desorden y trastorno, y hechos los primeros ensayos de imitación, que han sido harto infelices por cierto, hayamos preferido continuar por una senda extraña, siguiendo ajenas huellas y andando á paso de enano, en vez de pensar en volver á donde Calderon y Lope nos dejaron, esto es en verdad lo que no se concibe: y acaso algunos de los que han sido honrados despues con el título de grandes hombres, hayan contribuido eficazmente á tan triste resultado....

No se puede negar que los que emprendieron la restauración de nuestra literatura, prestaron en efecto importantes servicios, desterrando el malísimo gusto que á fines del siglo XVII la infestaba. Pero, en nuestro concepto, cayeron en un error muy grave y de harto fatales consecuencias. Mas dispuestos á hallar y aun á exajerar los lunares que á apreciar las bellezas de nuestros antiguos dramas, los excluyeron de la buena literatura, creyendo que el único género susceptible de perfección era la tragedia griega, imitada por los franceses; y desde entonces nos hicieron abandonar una planta enteramente nacional, y que, bien cultivada, habria adquirido un desarrollo y una sublimidad de que tal vez no tenemos idea.

Incalculables males ha originado el pedantismo; y uno de los mayores ha sido el empeño de anteponer las reglas al genio, y de oprimirlo y ahogarlo con ellas. Y esto es aplicable á las bellas artes en general, por la íntima relación que tienen

\*\*



todas entre sí. Determinados ciertos modelos fijos, ciertos tipos invariables, se ha impuesto la obligación de imitarlos, y de no traspasar de modo alguno los límites que ellos establecieron; haciendo muy poco, ó por mejor decir, ningún caso de la invención y la originalidad, que son, no obstante, la primera condicion de toda obra buena. Y lo peor es que los tipos que los críticos han propuesto por modelos invariables, son de tal antigüedad que es en extremo difícil entenderlos bien, y por de contado casi imposible imitarlos. De aquí han resultado copias de copias. Siendo corto, cortísimo el número de los que pueden leer á Sófocles ó Eurípides con algun fruto, han tenido los mas que valerse de intérpretes y recurrir á Racine: y es de observar que Racine es á los poetas griegos lo que una copia, tal vez fria y afeminada, es á un original lleno de vigor y lozanía: lo que un cortesano de Versalles con peluca, hebillas y perfumes á un héroe espartano: lo que un fuego artificial á una erupción del Vesubio.

Nada hay ciertamente mas útil, que el espíritu de análisis que nos induce á indagar los motivos del placer ó del disgusto que nos causan los objetos que se ofrecen á nuestra vista ó á nuestra contemplacion. De este análisis pueden y suelen resultar grandes verdades. El es quien ha producido las reglas, verdades que se comunican á los que carecen aun de esperiència para saber el rumbo que han de tomar y los escollos de que han de huir; así como en las ciencias exactas se da una fórmula sacada á fuerza de mucho cálculo y trabajo, y que el hombre mas estúpido puede emplear con la mayor facilidad. Reglas hay, ciertamente: porque, como acabamos de decir, son consecuencia de hechos que existen: quererlas negar, pues, seria una pretension absurda. Pero no nos parece menos absurdo querer multiplicar su número al infinito, y sacando consecuencias de consecuencias, formar un código, una medida con que juzgar pronta é irrevocablemente las creaciones del génio.

Pues esto es cabalmente lo que se ha pretendido hacer en nuestros dias: y determinado el código, el último escolar ha podido, con él en la mano, condenar á todo un Calderon al desprecio de los rutinistas. Cualquiera que vaya á las aulas podrá ver, con harta frecuencia, disecados nuestros mejores autores, y analizados los átomos que componian sus cuerpos, sin contemplar la proporcion y gallardía del conjunto, ni hacer caso de la vida y robustez de que se hallaban dotados. Llevada al mas alto punto la manía de los preceptos, verá subdividido el arte de pensar y de hablar en un sin número de secciones en que se pierde y marea el entendimiento y que, cuando

mas, enseñan á conocer lo malo (y esto no sin equivocarse frecuentemente) sin inspirar un gusto sólido á lo bueno, ni mucho menos enseñar á producirlo. El discípulo sacará las mas de las veces de las obras elementales, que le hacen estudiar, un desprecio no pequeño á nuestros autores españoles, de quienes se extraen todos los defectos cuyas muestras se le enseñan para que sepa evitarlos, y una admiracion sin límites hácia los escritores griegos y latinos, que solo le han sido citados para hacerle ver bellezas, de que no le es muy fácil penetrarse, y cuyos defectos, á veces groseros, no han tenido á bien comunicarle sus mentores. ¡Y esto es generoso! ¡Y esto útil! En buen hora hagan ver á los principiantes los escollos que deben evitar; pero no les presenten constantemente á nuestros mejores autores como ejemplos solo de lo malo, cuando con tanta frecuencia los ofrecen de sublimes é incomparables bellezas.

¿O se dirá acaso que su reputacion colosal fué usurpada, y debida mas bien al mal gusto de la época y á la parcialidad de sus compatriotas que á su mérito verdadero?... Laharpe y Voltaire lo han dicho así: luego así debe de ser. Pues bien: volvamos nuestros ojos hácia la Alemania y veamos lo que allí se hace, oigamos lo que de nuestros poetas se dice.

Las prensas germánicas, en el dia, gimen sin cesar reproduciendo á millares las producciones de Calderon, Moreto y otros, y en especial del primero, de quien se han hecho recientemente en Leipsique dos grandes y magníficas ediciones, sin contar un número considerable de otras menos lujosas y completas. Los hermanos Schlegel, el baron Otto de la Malsbourg, Baermann y otros literatos no menos célebres creen ocupar dignamente el tiempo, trasladando á su idioma estas obras de que tan poco caso hacemos nosotros; y raro es el dia en que no se lea en los carteles del teatro de Dresde el nombre de Calderon. ¿Y tacharemos de parciales á los alemanes? ¿O achacarémos tal vez este entusiasmo á un capricho pasajero de la moda?--Sea como quiera, mucho debe lisonjearnos que un pueblo que posee, ó hace pocos años ha perdido á un Lessing, un Schiller, un Goëthe, á Herder y Wieland, dé tanta importancia á las producciones de nuestros poetas. Sin duda no serán tan malas como algunos pretenden.

Y en verdad que no sabemos como explicar el silencio que en las obras elementales escritas recientemente para la instruccion de nuestra juventud, se ha guardado acerca de la gran discusion que divide en dos bandos á todos los literatos modernos, division que, á la verdad, va desapareciendo por instantes, aunque no enteramente al gusto de los preceptistas. Hablamos de las dos es-



cuelas, á que se ha convenido en dar los nombres de *clásica y romántica*, denominaciones vagas, absurdas y enteramente arbitrarias.

La primera tiene por legisladores á Aristóteles y Horacio: y el sin número de retóricos y gramáticos que los han anotado, comentado, analizado y exprimido hasta el punto de hacerles decir lo que jamas pensaron, son los fiscales de este tribunal, intolerante por esencia y que pretende arrogarse el privilegio de la infalibilidad. Ha formado un código, clasificando los delitos en que puede incurrir un escritor, y dando fórmulas para producir obras de formas sumamente regulares, sin ninguna monstruosidad, tersas y apacibles como el agua de una laguna, aunque sean como ella sin transparencia, insípidas y prosáicas.

Los llamados románticos, admitiendo muchos de los principios sentados por Aristóteles y Horacio, ya por ser verdaderas reglas de buen gusto, ya por ser tan evidente su exactitud como la de las verdades llamadas de Pero Grullo, (1) han puesto en duda, y á veces han desechado sin titubear, otros muchos que los preceptistas presentan como axiomas. Entre estos pudieramos citar como egemplo las famosas unidades de lugar y tiempo, y algunos otros que con harta frecuencia se encuentran en los tratados dedicados á la enseñanza.

Con este compas, nos acordamos de haber calificado de monstruosas en nuestra niñez, cuando sabíamos de memoria la retórica, obras que en el día, ó no nos atrevemos á juzgar ó miramos con una veneracion religiosa.

(Se continuará.)

## ZENOBIA.

(Véase el número anterior.)

Al cabo de un breve rato tocó una campanilla y vino su camarera, pasando por junto á la otomana donde estaba yo escondido sin atreverme á respirar siquiera. No tardó en volver á entrar en el salon donde yo me hallaba; y habiendo apagado todas las luces, entró de nuevo en la estancia de su señora. Entonces, siendo muy incómoda la posicion en que me ha-

llaba, salí con el mayor silencio de mi escondrijo y me deslicé detrás de una de las anchas cortinas de damasco que cubrian las ventanas, entre cuyos pliegues no corria peligro de ser descubierto, á menos de alguna imprevista casualidad. Desde allí, sacando de cuando en cuando la cabeza con mucha precaucion, pude convencerme de que estaba Zenobia desnudándose ayudada de su camarera. Violenta fue la lucha entre mi amor y mi respeto hácia aquella muger, que por un lado me impelia á ver cuanto pudiera de las ocultas perfecciones de Zenobia, y por otro me hacia avergonzar hasta de hallarme en semejante sitio. Acostóse por fin mi bella desdeñosa y se retiró su criada, despues de haber arrimado á su cabecera una mesita de caoba, donde se veian esparcidos algunas cartas y periódicos al resplandor de una lamparita de plata. Empezó Zenobia á recorrer algunos de los diarios; y como desde el sitio que yo ocupaba, por estar cubierto de sombra, podia perfectamente verla sin ser visto, noté que de cuando en cuando interrumpia su lectura con sollozos y suspiros, como si la conmoviera profundamente lo que leyendo estaba. Tomó luego algunas de las cartas que tenia junto á sí; y habiendo llegado á la última, vi que la cubria de besos y de lágrimas y que daba rienda suelta á sus, hasta entonces, comprimidos sollozos y suspiros. ¡Cuál fue entonces mi agitacion y mi rabia!.... No pudiendo persuadirme sino á que las tales cartas eran de algun amante querido, salí, sin ser poderoso á otra cosa, del sitio donde estaba oculto, y acercándome precipitadamente á Zenobia, la arranqué de las manos la carta que tanto la habia conmovido, dejándola tan atónita cuál fácilmente se puede imaginar. Miré inmediatamente la firma para conocer el nombre del que yo me imaginaba ser un rival favorecido, y vi que estaba firmada por un tal Arturo Zeloski.... y este es el apellido de Zenobia. Quedé mudo de asombro al hallarme con una carta del esposo ó hermano de Zenobia, en vez de la de un amante como yo creia; y sin poder hablar palabra, permanecí algunos instantes con la vista clavada en el suelo y apretando convulsivamente entre las manos aquella misteriosa carta. Fácil me hubiera sido enterarme de su contenido, pues por dar gusto á Zenobia habia, á fuerza de trabajo, aprendido el polaco, lengua en que generalmente hablábamos, sobre todo cuando estábamos delante de gentes; pero no tuve valor para tamaña insolencia, y así devolviéndola su carta:

—Si V. me hubiera dicho que estaba casada, la dije, ó que existia cualquier mortal bastante dichoso para conmoverla tan profundamente, hace ya tiempo que se hubiera visto libre de las importunidades de un hombre, á quien su falsedad de

(1) ¿Quién habrá, por egemplo, que pueda poner en duda el precepto de Horacio «Sumite materiam vestris, qui scribitis, æquam viribus?»



V. acaba de obligar á cometer una accion indigna de un caballero.

Un torrente de lágrimas fue toda su respuesta; y atribuyéndolas yo al temor de que corriera peligro su reputacion si se llegaba á saber que un jóven habia pasado la noche en su casa, procuré quitarle este cuidado, asegurándole que yo mismo descubriría el medio de que me habia valido para quedarme, ó defendería su honra contra el mundo entero con las armas en la mano. Fijaba ella entretanto en mí sus hermosísimos ojos con una espresion que me pareció aun mas cariñosa que irritada; y aunque apenas podia contener los impulsos de mi amor viéndola en aquel estado, tuve sin embargo bastante firmeza, temeroso de un nuevo desaire semejante al que poco antes habia recibido, para aguardar á que ella rompiera el silencio.

-- Como ha tenido V. valor, me dijo, para poner en semejante compromiso á una muger que no le ha dado motivo ninguno para aborrecerla? No decia V. que me amaba? Y es digna esta accion de un amante verdadero?

-- Zenobia, -- si yo no la amara á V. mas que á mí vida, nunca hubiera quebrantado hasta este punto las leyes del honor.... pero V. ha trastornado toda mi alma y la desesperacion me hace capaz de todo.... V., misma lo está viendo.

-- V. dice que me ama, Enrique y ahora lo creo.... pero, añadió estrechando entre sus manos una de las mias y fijando en mi rostro sus ojos con una espresion sublime, se siente V. capaz de hacer por mí un gran sacrificio?

Estaba yo demasiado agitado para poder responderla; arrodilleme junto á su cabecera y levanté una mano al cielo como si le tomara por testigo de mi eterno amor y de mi deseo de sacrificarme por ella. Entonces obligándome á alzarme del suelo, me hizo sentar en una silla al lado de su cama y me habló en estos términos.

-- Mi conducta debe haberle á V. parecido un enigma, lo mismo que á cuantos me han conocido. Jóven, rica y hermosa segun dicen, á todos admiraba el verme desear el amor de una multitud de jóvenes ricos y amables que ponian á mis pies su mano y su corazon, al paso que con una refinada coqueteria á todos daba esperanzas procurando hacerlos mis esclavos: pero el cielo sabe cuanto era puro el motivo de mi conducta! Y ahora voy á descubrirselo á V. Hija de la desgraciada Polonia, sentí desde mi niñez, como todos mis compatriotas, arder en mi pecho el fuego del patriotismo y el deseo de independencia que tanto han sublimado en todos tiempos á mi nacion. Para mí el amor de la patria ha sido siempre el mas vivo, el mas vehemente de todos los sentimientos;

en él, por decirlo así, se han concentrado todos mis afectos, todas mis esperanzas de felicidad. La revolucion de julio ha hecho relucir para mis desgraciados compatriotas un rayo de esperanza y de un extremo al otro de nuestro territorio todos han levantado el estandarte de la independencia contra nuestros tiranos: hombres, niños, ancianos y aun mugeres, todos han volado á las armas, y todos han arrostrado la muerte en defensa de la patria por la santa causa de la libertad. Nuestros largos é injustos infortunios habian escitado una profunda simpatía en el animo de la mayor parte de los pueblos de Europa y principalmente en el de los franceses; y la idea que siempre he tenido del carácter amante y belicoso de esta nacion, me inspiró una idea atrevida que inmediatamente puse en práctica, con consentimiento de mi hermano Arturo (de quien es esta carta), y á quien sus riquezas y patriotismo colocan en el rango de uno de los principales gefes de nuestra revolucion. Resolví salir inmediatamente para París, con el intento de reclutar, no con dinero ni con promesas de dignidades, sino con los halagos de mi hermosura, á cuantos jóvenes ricos é ilustres pudiera, para cooperar á la brillante obra de nuestra independencia. Lejos de envilecerme á mis propios ojos de este modo, me enorgullecía y aun me enorgullezco ahora de ejercer, yo débil muger y sin fuerzas para sostener la causa de la patria, esta *sublime prostitucion*. Fiel, pues, al propósito que formé cuando salí de Varsovia, procuré desde mi llegada á París atraer á mi casa y cautivar por todos los medios posibles, á la mas lucida juventud de esta capital; y puedo decir que, gracias á mis artificios, he decidido á muchos jóvenes á abrazar la causa de que depende la felicidad ó la amargura de mi vida. Con esta intencion fingí corresponder al cariño que V. me tenia, como hacia con otros muchos.... pero con la diferencia, añadió bajando los ojos y con muestras de algun rubor, de que con los otros iba solo movida por el amor de la patria, y con V..... Si, Enrique.... en este momento solemne en que acaso nos vemos por última vez, declaro y juro por lo mas sagrado que existe para mí, por el dulce nombre de mi patria, que V. es el único hombre que me ha hecho olvidar algunos instantes el interes de la nacion á que pertenezco.

-- Zenobia, la dije; dentro de tres dias salgo para Varsovia.... ¡Feliz mil veces si puedo probarte mi amor, muriendo en defensa de tu patria!....

-- Sí, respondió animada de un nuevo entusiasmo.... ¡Oh Enrique! vuela á defender á un pueblo heróico, víctima de ajenas injusticias. Y si mueres en esta terrible guerra, si sucumbe mi patria, yo te juro que mi muerte seguirá en breve á la tuya.



Siguió Zenobia algun tiempo derramando lágrimas de ternura y sentimiento, y yo, estrechando á mis labios una de sus hermosas manos que tenia entre las mías, me hallaba en una confusion de espíritu tal, que en vano me empeñaria en explicársela á V., porque ni aun yo me daba cuenta á mí mismo de lo que sentia. El dolor de separarme de Zenobia; la alegría de complacerla; la sorpresa de saber que me amaba, me tenian como privado de sentido.

-- ¡Cuánto debe haberle á V. sorprendido mi conducta, y cuán inconsecuente y ligera debe haberme creído! Nada está mas lejos de mi carácter, sin embargo; antes bien he seguido el plan que me tenia propuesto con una constancia de que algunos creerán incapaz á una muger..... y el resultado ha sobrepujado mis esperanzas. ¿Creerá V. que sin mas trabajo que el de sonreír á veces sin gana; que el de convidar á comer á un hombre que me desagradaba, ó dejarme acompañar por otro al teatro ó al paseo, he hecho pasar muchos miles de francos y muchos jóvenes voluntarios al servicio de mi país? V. se ha batido por causa mia con el hijo de un Par de Francia, y esto acaso ha valido á la Polonia el poderoso auxilio de este joven, y el de su padre mas poderoso todavia, como rico y diplomático que es y muy influyente en el ministerio. ¿Y de qué medio me he valido para hacer tamaños milagros? Haciendo creer con mucha destreza al tal joven que su herida le habia hecho interesantísimo á mis ojos, y cautivándole mas y mas con una fingida compasion amorosa, gracias á la cual espero verle dentro de pocos dias salir de París para reunirse con el ejército de Polonia.

Esta vida de intriga y enredo, tan opuesta á mi carácter natural, era lo que me hacia parecer inconsecuente y ligera á los ojos de V. ¿Cuántas veces olvidaba á su lado mi sublime mision para no acordarme sino de que era amante! Pero un momento despues, la imágen de mi patria amenazada de una horrible esclavitud y de una muerte segura, se levantaba ante mis ojos y me hacia olvidar todo lo que no era ella !... Como me importaba tanto que nadie pudiera descubrir el motivo de mi conducta, que no hubiera dejado de suministrar al embajador de Rusia suficiente pretexto para reclamar mi esportacion y calumniarme por todos los medios posibles, no me atrevia á declarar á mis adoradores el deseo que fuesen á Polonia ó enviasen socorros indirectos, hasta que estaba bien segura de su amor; por eso esta noche no me atrevia á declararle á V. el secreto de que le hablaba en mi carta, y que no era otro sino el de que solo obtendria mis favores el que se sacrificara voluntariamente por la Polonia.

-- ¿Con que V. dudaba de mi amor? tan mal he sabido espresarlo? Por qué me ha hecho V. esa injusticia, Zenobia?

-- Porque á V..... le amaba. Bien veía yo en los ojos de mis adoradores, como en un termómetro vivo, los grados de amor ó frialdad que les inspiraban mis estudiados atractivos; pero con V. no era lo mismo..... y ya he dicho la causa.

-- Hermosa Zenobia, la dije, si la suerte me fuese favorable..... si la Polonia triunfa en esta terrible guerra..... si yo, en fin, volviese despues de haberme portado como buen militar..... ¿podré esperar como recompensa, constancia y amor de la hermosa que adoro?

-- Enrique, respondió; acabo de descubrir á V. un secreto que nunca ha revelado mi boca, y con esto he dado á V. una prueba de confianza, que solo puede tener por base un vehemente amor. Acaba V. de leer como en un libro abierto cuanto ha pasado en mi corazon desde que salí de mi patria; juzgue V. por sí mismo, si quien ha sabido doblegar su carácter y sus inclinaciones durante tanto tiempo por defender una patria amada, puede ser inconstante con el hombre á quien ha elegido su corazon.

Aseguré á Zenobia con todas las espresiones que pudo sugerirme la mas vehemente pasion, de mi entusiasmo por la causa de su país, y juré guardar un profundo secreto sobre todo lo que me habia revelado aquella noche. (1) Discurrimos entonces sobre los medios con que podria yo salir á la calle sin ser visto por ninguno de los de casa, y no hallamos otro mas ingenioso que el de abrir una puertecita que conducia á una escalera de caracol por donde se bajaba al jardín, y saltar por las tapias de este á la calle; todo lo cual lo ejecuté con notoria felicidad sin que nadie fuese testigo de mi evasion.

Al dia siguiente me envió Zenobia por la posta un paquete de cartas para su hermano y algunos gefes del ejército, donde me recomendaba con elogios seguramente muy superiores á mi mérito. Escribiome tambien una carta en que me juraba de nuevo eterno amor y fidelidad, escitándome á cumplir mi deber y mostrarme digno de la nacion á que pertenezco; dentro venia un retrato suyo en miniatura y un rizo de sus cabellos, objetos que me acompañarán hasta la hora de mi muerte.

Acabo de descubrir á V. lo que hubiera siempre permanecido oculto en el fondo de mi corazon,

(1) No te admire, lector amigo, ver á este joven quebrantar en obsequio mio tan solemne juramento. Si estuvieras tan familiarizado como yo lo estoy con el carácter de nuestros vecinos del Norte, á fé que mirarias como muy natural esta inconsecuencia que tanto repugna á tu española gravedad.



si á la mucha confianza que V. me inspira, no se añadiera el que en la situacion en que me hallo, me es indispensable tener en París una persona segura á quien remitir mis cartas para Zenobia y por cuyo conducto pueda yo recibir noticias suyas. Mañana salgo para Varsovia, y tal vez esta heroica ciudad será mi sepulcro y el de todos los valientes que la defienden. En este caso, ruego á V. dé noticia de mi muerte á mi desgraciada familia."

Al decir estas palabras, se le cubrieron los ojos de lágrimas pensando en los autores de sus días. Procuré templar su justa afliccion y luego le acompañé á su casa, situada en uno de los barrios mas retirados de la capital. Hicimos trasportar á la mia los pocos muebles que adornaban su estancia, de los cuales tomé inventario para devolvérselos á su vuelta ó entregárselos á su familia en caso de que esta nunca se verificara. Dejéme escrita una carta para Zenobia en que la decia, que siendo yo un amigo seguro, no habia vacilado en descubrirme sus secretos y que podia contar conmigo con toda confianza: en efecto, habiéndome presentado con esta carta en casa de Zenobia, fui muy bien recibido, y me convencí á la primera conversacion, de que aquella muger extraordinaria estaba realmente dotada de una energia de alma poco comun en su sexo. Al dia siguiente por la mañana, salió de París en la diligencia el enamorado Enrique B.

Seguí visitando á Zenobia con bastante frecuencia y la entregué diferentes cartas de su amante escritas desde todas las ciudades en que se habia detenido. Así pasaron algunos meses, hasta que al fin supo Zenobia por una carta de su hermano, que Enrique habia llegado á Varsovia y que se habia alistado inmediatamente en calidad de voluntario durante la guerra, en la division de Romarino; y en fin, que habia salido para reunirse con el ejército.

Harto conocido es el desastroso fin de esta guerra. A cada noticia funesta para los polacos que leíamos en los diarios, recibia el alma de Zenobia un golpe terrible como si la hubiera acaecido el mayor infortunio imaginable. Llegó por fin al cabo de algun tiempo la terrible noticia de la toma de Varsovia, y nunca olvidaré la fisonomía de nuestra heroína, mientras la leia con todos sus detalles en un periódico francés. La muerte de una madre querida no la hubiera afligido mas profundamente; pero no la ví derramar ni una lágrima. ¡Infeliz! Entre los nombres de los muchos valientes sepultados bajo las ruinas de la heroica nacion polaca, se leian los de Arturo Zeloski y el de mi desgraciado amigo Enrique B....

Al dia siguiente fuí á casa de Zenobia; pero me dijeron que la noche antes habia despedido

á todos sus criados, vendido sus muebles y salido de París en una silla de posta.

Quince dias despues de estos sucesos, me encontré en uno de los bailes que se dieron en la casa de la ciudad á presencia del rey de los franceses y de su familia, con algunos de mis conocidos y entre otros con un jóven diplomático ruso recién llegado á París, y célebre no menos por sus talentos en el arte que tanto han perfeccionado los Tayllerand y los Pozzo-di-Borgo, como por su poderosa cooperacion en la ruina de Polonia. Entretenidos estábamos en tomar sendos helados y de partir acerca de la política europea, con aquel tono ligero y chistoso que siempre emplean los señores diplomáticos cuando se dignan honrarnos con su conversacion á nosotros profanos, é ignorantes en la misteriosa ciencia del embrollo; cuando habiéndosele escapado al susodicho ruso, algunas espresiones insultantes (á que yo tengo para mí que contribuyeron no poco los muchos vasos de ponche que llevaba bebidos) contra los polacos en general, salió de entre las personas que nos rodeaban, un jóven de poca robusta apariencia, el cual sin encomendarse á Dios ni al diablo, como suele decirse, asentó una sonora bofetada en los anchos y rosados carrillos del diplomático moscovita. Fácil es de imaginarse el desórden que siguió á esta inesperada hostilidad; pero como la mucha gente que se interpuso impidió que los dos enemigos viniesen á las manos, sacó el agresor una targeta del bolsillo y la puso en manos de su atónito contrario, con lo cual desapareció rápidamente, habiendo pasado este suceso en menos tiempo del que me ha sido necesario para referirlo.

Este incidente se hubiera sin duda borrado muy pronto de mi memoria, si al otro dia no hubiera recibido el siguiente billete de una mano desconocida:

"La persona que anoche en un baile dió una gran bofetada á cierto diplomático ruso, suplica á V. que tenga la bondad de acompañarle, en calidad de padrino, en el desafío á muerte que tendré mañana con el hombre á quien ofendió. Soy extranjero y á nadie conozco en esta ciudad; aprecio á los españoles por razones que pronto sabrá V., y así me atrevo á suplicarle que mañana á las 6 de la madrugada, se halle á la entrada del bosque de Bolonia para ser testigo de mi mortal desafío."

No dejó de chocarme este singular anónimo: pero quise con todo llevar adelante una aventura que se anunciaba con tantos visos de romanesca. Halléme al dia siguiente en el sitio indicado,



donde me aguardaba ya el autor del susodicho billete: iba embozado en una larga capa y cubría su rostro una careta de raso negro. Pronto llegó en un coche, acompañado de su padrino, el ofendido diplomático; y los cuatro nos internamos en una de las mas oscuras alamedas del bosque. Dispusimos que el combate fuera á la pistola; que los dos combatientes se colocarian á treinta pasos uno de otro y que ambos dispararian al mismo tiempo. Así se verificó en efecto; pero quiso la casualidad que ninguno fuese bastante afortunado para triunfar de su adversario, pues habiendo salido en un mismo instante los dos tiros, ambos cayeron al suelo bañándolo con su sangre. Quedó muerto en el acto el diplomático ruso, sin que sirvieran de nada todos los auxilios que se le prodigaron: acerquéme á reconocer la herida de mi apadrinado, y al levantar la máscara que cubría su rostro, reconocí, con no menos sorpresa que dolor, las facciones de la desgraciada Zenobia. Estaba su rostro pálido como una azucena y las sombras de la muerte cubrian casi enteramente sus ojos; pero todavía respiraba, aunque era su aliento frio y casi imperceptible. Vendé con un pañuelo la ancha herida que tenía en medio del pecho y apoyé su cabeza sobre mi seno para que respirara con mas comodidad.

-- Ha muerto mi adversario? me preguntó abriendo un poco los ojos, y con un acento tan débil y apagado que apenas podia oír lo que me decia.

-- Sí, la respondí; ya ha muerto.

-- Ahora moriré contenta y vengada.... Enrique! Arturo! ¡ó patria mia!...

Y pocos instantes despues, exhaló entre mis brazos el último suspiro, murmurando con voz moribunda el dulce nombre de su patria.

E. O.



## Recuerdos de Ambéres.

### FRAGMENTO IV.

#### En Contraste.

Una noche, despues de haber pasado parte del dia en las trincheras y recorrido en seguida toda la ciudad, fortificada de un modo formidable, me dirijia hácia mi alojamiento, llena la cabeza de ideas de destruccion, y no pensando sino en las recientes catástrofes que acababa de presenciar. Aun veia humear la sangre de los héroes; aun zumbaban en mi oído los ahogados sollozos de los heridos, y el hipo de los moribundos. El tiempo estaba frio: el cielo cubierto de densas y aplomadas nubes: todo, en fin, inspiraba ideas melancólicas y sombrías.

Al atravesar la plazuela de la catedral ví á varios soldados belgas que entraban en la iglesia.

Ignorando cual seria el objeto que á aquella hora podia llamarlos á tal parage, sigo sus pasos, y de repente me veo deslumbrado por una viva luz: los aromas mas suaves embalsaman el aire; una música religiosa, cuyos melodiosos acentos, evaporándose en las bóvedas de este edificio gigantesco, llegan al oído vagos y misteriosos, embriaga mis sentidos. No es una música ligera, cuyas modulaciones llenas de gracia y de fuego, alegran el alma ó la aturden: es una melodía grave, sonidos lánguidos y pausados que van al alma, cánticos dirigidos al Todopoderoso. El templo está lleno de fieles: una multitud de niños y mugeres se agolpan enderredor de una vírgen cubierta de un rico manto y colocada sobre su pedestal en medio de una capilla.

Esta pompa que el culto católico sabe ostentar en las grandes ceremonias, hizo entónces sobre mí una impresion tanto mas profunda, cuanto estaba lejos de imaginar que á orillas de un campo de batalla sin cesar regado de sangre humana, que en el templo mismo, cuya elevadísima aguja, señoreándose sobre toda la ciudad, podia ser de un momento á otro el blanco de la artillería holandesa, se pudiesen celebrar con tanto sosiego los oficios divinos. Así no es de estrañar que todos los objetos me pareciesen mas bellos mil veces, mas sublimes que en las circunstancias ordinarias.

Recostado en un pilar contemplaba con admiración la imponente arquitectura de esta iglesia: pero mis ojos buscaban con ansia, sobre todo, los dos



soberbios cuadros del célebre Rubens, hijo de Ambéres y dignidad un día de esta catedral. Pero, con una prevision que demuestra la grande estima en que se tienen estos lienzos, los habian cubierto con unos enormes maderos y con gran número de cueros de buey, para preservarlos de las bombas, que de un momento á otro podian taladrar la bóveda y reventar en el templo.

Recorrí en seguida todas las capillas. Las paredes están acribilladas de inscripciones sepulcrales: el suelo empedrado de calaveras, de R. I. P. y de *Hic jacet*. Llamáronme sobre todo la atención algunos magníficos confesonarios, con relieves y calados góticos superiormente esculpidos, y una coleccion de estatuas de madera, no menos admirables por la sublime espresion de las cabezas, que por la gracia de las posturas y el acabado de la ejecucion. Esta es una de las cosas mas curiosas de la catedral de Ambéres.

Por un eclesiástico que pasó á mi lado y á quien dirijí la palabra, supe que aquella tarde se habia cantado un Te-Deum en celebridad del cumpleaños del rey Leopoldo, y que en aquel momento se rezaba la salutacion á la Virgen.

-- Los cánticos de la tarde resonaban todavia. A la voz dulce é infantil de los niños de coro, y á los prolongados suspiros del órgano se mezclaba el estampido del cañon, que hacia retemblar los pintados vidrios por intervalos. El conjunto de este espectáculo y el vivo contraste que formaba con las escenas de que pocos minutos ántes habia sido testigo, produjo sobre mi ánimo una impresion, que probablemente no se borrará en toda mi vida.

Y en verdad que no dejó de causarme admiracion el alto punto á que ví llevada la devocion en este pais; y creo firmemente que no le cede la palma á nuestra España, que algunos se obstinan en mirar como el tipo innato de la supersticion.

Entre el número considerable de personas hacinadas en la iglesia, noté bastantes jóvenes, cuyo exterior anunciaba una existencia cómoda y decente, y que, con un fervor no muy natural en su edad, despreciaban el alivio de una silla para arrodillarse, prefiriendo por cojin la losa de un sepulcro. Y cuando la campanilla sagrada se agitaba; cuando la procesion, con sus nubes de incienso y sus mil luces, pasando de una capilla á otra, atravesaba la nave, todos los soldados belgas doblaban la rodilla, ejemplo rara vez seguido por los franceses.

No se crea por lo que digo que critico estas demostraciones de respeto. Estoy, por cierto, lejísimos de hacerlo. El hombre que en nada cree y nada espera, se halla privado de un dulcísimo consuelo en las amargas tribulaciones de la vida. Sus pasiones no tienen otro freno que la razon. ¿Es siempre suficiente?

Estoy muy distante de creerlo; pero lo que al instante me propuse indagar es la influencia real que esta devocion ejercia sobre las costumbres. Quise ver si en estas se notaba la mano benéfica de una religion conforme en todo con los principios de la mas sana moral. Antes de formar un juicio, esperé muchas pruebas; pero cada día las fuí recibiendo de una triste realidad: ví que todo era apariencia. A cada paso se encuentran en las calles de Ambéres efigies de santos.... y muy á menudo decoran la fachada de algunas de aquellas casas nocturnas, famosas por el lujo que preside en las escenas de vicio y de libertinage de que son teatro. ¡El símbolo de la virtud sirve de velo al infierno!!!

### Bailes de Máscaras.

Innumerable parece la dificultad que encuentran los empresarios de esta especie de funciones este año en reunir concurrentes á sus establecimientos. El teatro, sea dicho con verdad, injusta, injustísimamente no consigue verse lleno una sola noche, y el salon de las casas nuevas de Sta. Catalina, que ha dado principio á sus bailes aristocráticos con el buen gusto y orden que acostumbra, no ha encerrado tampoco el primer día toda la gente que tenia derecho á exigir su excelente direccion. Mejorado considerablemente el local, resguardado de la intemperie, bien dispuesto y espacioso el ambigú, colocadas estufas en los puntos mas á propósito, con buenos manjares y bien servidos, con brillante alumbrado y adorno, y una orquesta escogida: no sabemos que circunstancia falte para llamar á Sta. Catalina á las personas de buen gusto. De todas suertes, si en el primer baile esperaban las hermosas de la capital á ver el resultado para decidirse, les podemos asegurar, que si la concurrencia no ha sido mucha ha sido escogidísima, á lo cual agregaremos, que si persisten en el empeño de no asistir al teatro, difícilmente pudieran encontrar en parte alguna el sin número de circunstancias privilegiadas, que el buen gusto del director empresario de Sta. Catalina les ofrece.

Por ser muy largo el artículo que debe acompañar á la estampa del Museo que damos en este número, hemos preferido dejar para el siguiente la descripcion detallada de este soberbio edificio.

Calderon. Literatura. Teatro. Zenobia. Recuerdos de Amberes. Fragmento cuarto, Un Contraste. Baile de máscaras.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA. -- FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRESA DE I. SANCHA.





*Audouin del. lit.*

*N.º 18 de Madrid.*

PUERTA DEL SOL EN TOLEDO.

Ayuntamiento de Madrid



